Las voces del patio

Drama realista original · Cuatro intérpretes · 10–14 minutos

Reparto y montaje

Inés: Madre de Bruno. Tiene un trabajo de jornada partida y está acostumbrada a resolver deprisa los problemas de casa.

Bruno: Hijo adolescente de Inés. Prepara una escena hablada para una muestra escolar.

Darío: Vecino que trabaja de noche en el transporte de mercancías y duerme durante parte de la tarde.

Teresa: Vecina que coordina el uso del patio común, sin poderes extraordinarios ni autoridad para echar a nadie.

Duración orientativa: 10–14 minutos, según ritmo y pausas. Espacio: patio de un edificio. Utilería: una libreta; dos marcos de ventana de cartón, sostenidos o apoyados sin carga; dos sillas. No se necesitan efectos de sonido ni música. Los actores representan los ensayos hablando, sin necesidad de gritar.

Escena primera — la voz que rebota

(Un patio. Hay un marco de ventana a cada lado, apoyado de forma estable, y dos sillas. Al comienzo, INÉS y BRUNO están en el centro. TERESA entra por un lateral con una libreta. DARÍO permanece detrás del marco de la derecha, visible al público. La tarde no necesita cambio de luz.)

Bruno: «Si la puerta no se abre, no significa que no haya nadie. Puede significar que nadie se atreve». ¿Así?

Inés: Así. Pero la última frase no puede ir pegada a la anterior. Hay que dejar que llegue. Vuelve al principio.

Bruno: Mamá, hemos repetido el principio siete veces. La escena es de dos minutos.

Inés: Y el público tiene una sola oportunidad de entenderla. Si murmuras como en el desayuno, no entenderá nada.

Bruno: La profesora dijo que se entiende mejor sin gritar.

Inés: No te pido un grito. Te pido que la voz llegue hasta el otro lado.

(BRUNO se aparta tres pasos, busca a su madre con la mirada.)

Bruno: «Si la puerta no se abre…»

Darío: (desde la ventana, sin alzar la voz) Hasta mi cama llega.

(BRUNO se detiene. INÉS gira.)

Inés: Buenas tardes, Darío. No sabía que estabas ahí.

Darío: Yo sí sabía que estabais aquí. Llevo una hora sabiéndolo, con los ojos cerrados.

Bruno: Perdón. No era mi intención despertarte.

Darío: No lo has hecho tú solo. Esta pared devuelve cada palabra. Me dormí a las nueve de la mañana y me he despertado tres veces. Entro esta noche a las diez.

Inés: Hemos empezado hace veinte minutos. Antes habrán sido otras voces.

Darío: Puede. No llevo una libreta del ruido. Solo sé que cuando consigo dormir, este patio parece una habitación más de mi casa.

(INÉS contiene una respuesta. TERESA, que ha oído el final, se acerca.)

Teresa: Precisamente iba a buscaros. Me han dejado dos notas debajo de la puerta: una dice que aquí no se puede estudiar; otra, que aquí no se puede dormir. Me gustaría saber si el patio ha decidido hacer las dos cosas a la vez.

Bruno: Yo tengo la muestra de la escuela el viernes. Necesito ensayar con alguien, y dentro de casa mi hermano pequeño hace sus deberes. No quiero que parezca que lo estoy regañando.

Inés: Yo salgo del trabajo a las cuatro y cuarto. Antes no puedo ayudarlo. Si dejamos esto para la noche, se va a dormir tarde.

Darío: Y yo vuelvo a trabajar esta noche. Los viernes también trabajo. Mi horario no cambia porque el edificio tenga la tarde libre.

Teresa: Ninguno ha dicho todavía a qué hora puede y a qué hora no. Eso ayuda menos de lo que parece.

Inés: ¿Quieres fijar una prohibición?

Teresa: No. Si pudiera prohibir las molestias, tendría que prohibir también las tuberías. Quiero ver los horarios antes de pedirle a nadie que se vaya.

Darío: No necesito que se vayan. Necesito que me escuchen desde aquí, sin convertir mi ventana en una pared invisible.

(TERESA abre la libreta. Se sienta.)

Teresa: Entonces dejemos de hablar como si cada uno ocupara todo el día. Inés, empieza tú.

Escena segunda — las horas sobre el papel

(La misma tarde. Los cuatro se agrupan alrededor de la libreta. Nadie cambia los marcos de sitio. TERESA señala espacios de la página con un dedo; no se requiere lápiz.)

Inés: Los martes salgo a las cuatro y cuarto. Tardo unos veinte minutos en llegar. El jueves tengo una reunión hasta las cinco. El viernes ya es la función.

Bruno: La profesora puede escucharme el jueves a mediodía, pero quiere que llegue con la escena practicada. En casa tengo que hablar bajito porque estudia mi hermano, y a él le toca la mesa pequeña.

Darío: Yo termino a las seis, vuelvo a las siete, como algo y duermo de ocho a cinco y media. Cuando hay mucho trabajo, llego más tarde. A las nueve salgo de nuevo.

Inés: Entonces a las cinco y media podríamos empezar. Son solo dos minutos de texto.

Darío: Dos minutos de texto repetidos diez veces. A las cinco y media todavía quiero estar dormido. Si pudiera cortar el sueño exactamente cuando os conviene, no estaría discutiendo.

Bruno: Podría ensayar sin hablar. Hacer los movimientos.

Inés: Pero lo que le cuesta es la voz, precisamente. Si ensaya todo en silencio, el viernes volverá a apresurarse.

Teresa: (mirando la libreta) ¿Y el sábado por la mañana?

Darío: Salgo del turno del viernes y necesitaré dormir. El sábado por la tarde no tengo turno. Pero el viernes ya habrá pasado la muestra.

Bruno: Hoy la profesora me dejó ensayar un rato. Para practicar la distancia me pidió que imaginara un patio. Me gustó hacerlo aquí. La primera vez lo entendí sin mirar el papel.

Darío: No te estoy diciendo que no lo hagas nunca. Solo que cada palabra me atraviesa el techo.

Inés: (tras una pausa) ¿Cuántos minutos de descanso te quita realmente una voz? No todos los ruidos son iguales.

Darío: No lo sé con reloj. Me cuesta dormirme de nuevo. No me gusta tener que demostrar mi cansancio como si fuera un concurso.

(INÉS baja los ojos.)

Inés: Tienes razón. Esa pregunta ha sonado peor de lo que pretendía.

Darío: Y yo he venido a la ventana convencido de que ibais a reíros de mí. Tampoco he empezado bien.

Bruno: A mí me preocupa que se me olvide el texto cuando vea las caras del público. Si mi madre me escucha desde lejos, sé dónde tengo que dejar las pausas.

Teresa: Creo que ya tenemos algo concreto: a Bruno no le hace falta el patio toda la tarde; le hace falta que alguien lo oiga a distancia. Y a Darío no le sirve una promesa vaga de que intentaremos molestar menos.

Inés: ¿Qué propones?

Teresa: Nada que pueda imponer. Podéis probar con dos tramos cortos y apuntarlos. Si alguien no cumple, volvemos a hablar. La libreta no es un contrato de por vida.

Darío: ¿Tramos de cuánto?

Bruno: Yo necesito primero leer una vez, luego hacerlo de memoria y después corregir. Diez minutos si no me equivoco mucho.

Inés: Veinte, siendo sinceros.

Darío: Si son veinte, prefiero saber cuándo empezarán. No la espera de un ruido que puede empezar en cualquier momento.

Teresa: ¿Cuándo te despiertas de forma natural estos días?

Darío: A las cinco y media, pero me quedo unos veinte minutos más en la cama. Ahí está la parte que más cuido.

Bruno: Podemos empezar a las cinco y cuarenta. Me da tiempo a preparar el papel en casa. Mi madre llega antes.

Darío: (piensa) Martes y jueves, de cinco y cuarenta a seis. Renunciaría a diez minutos de cama, sí. Pero si a las seis continuáis, me quedo sin margen para cenar y salir tranquilo.

Inés: A las seis paramos. Nada de «una vez más». Yo pondría el límite, no Bruno.

Bruno: ¿Puedo añadir que no hacemos ensayos fuera de esos dos tramos sin avisarte?

Darío: Eso me ayudaría. Lo que no quiero es que se convierta en el único horario del patio para todo el mundo. Aquí también juegan, riegan y descansan otras personas.

Teresa: (señala la página) Solo queda escrito lo que acordáis vosotros. No vamos a reservar todo el patio para una sola casa.

Inés: Tendremos que hacer parte del ensayo dentro, aunque mi hijo pequeño esté en la mesa. Hablaré con él para preparar un rincón que no le quite su lugar de estudio.

Bruno: Puedo aprender el texto en mi habitación y venir aquí solo para probar la distancia.

Darío: Y yo puedo mover mi hora de alarma esos dos días. No prometo dormir bien, pero al menos sabré qué esperar.

Teresa: ¿Os parece justo si lo decimos también en palabras sencillas? No «Bruno puede hacer lo que quiera» y no «Darío decide el silencio». Dos pruebas de veinte minutos. El resto de los ensayos, dentro de casa. Y, después del viernes, el acuerdo termina.

Inés: Me parece.

Bruno: A mí también.

Darío: Quiero añadir algo: si hay una noche de trabajo complicada, os lo digo antes del tramo de la tarde. No a mitad de una frase desde la ventana. Tal vez podamos acortarlo o cambiarlo de día.

Teresa: Eso exige que os aviséis, no que adivinéis.

(INÉS asiente y mira a DARÍO.)

Inés: Si te veo en el portal, preguntaré. Y si no coincidimos, dejaré una nota a Teresa para que te la pase. No voy a llamar a tu puerta cuando duermas.

Darío: Gracias. Yo tampoco voy a dar golpes en la pared.

Escena tercera — la distancia justa

(Dos días después, a las cinco y cuarenta. Puede marcarse el paso del tiempo con una pausa y el cambio de posición de los personajes, sin oscurecer la escena. DARÍO está detrás de su marco. TERESA escucha desde una silla. INÉS está al otro extremo del patio; BRUNO, en el centro.)

Inés: Empieza cuando quieras. No corras para que quepa todo.

Bruno: «Si la puerta no se abre, no significa que no haya nadie». (Pausa.) «Puede significar que nadie se atreve».

Inés: He entendido las dos. La pausa es buena.

Teresa: Y no has tenido que subir la voz.

Darío: (desde la ventana) Yo también he entendido las dos. Si podéis mantener ese volumen, mejor.

Bruno: Quería probar algo. Cuando miro a mi madre, termino hablando solo para ella. Si miro el marco de tu ventana, la voz se dirige a todo el patio. ¿Te molesta que lo use como punto de referencia?

Darío: Prefiero que mi ventana no sea el público de tu escena.

(BRUNO se detiene, algo avergonzado.)

Darío: Pero puedes mirar esa silla vacía, junto a Teresa. Está a la misma distancia y no siento que me estés hablando a mí.

Bruno: Perfecto. No lo había pensado.

Inés: (mira la libreta) Quedan cinco minutos. Una vez completa y nos vamos.

Bruno: Solo una.

(BRUNO recorre la escena completa, con pequeñas pausas, sin elevar mucho la voz. Los demás lo observan. En el último silencio permanece un segundo junto a la silla. No se requiere representar texto nuevo.)

Teresa: Ahora sé por qué te gusta ensayar aquí. La distancia es real.

Darío: Y también sé cuánto dura, que ayuda bastante.

Inés: (cierra la libreta) Es la hora. Aunque haya salido mejor que nunca, paramos.

Bruno: Quería pedir una segunda vuelta, pero sí: paramos.

Darío: (sale de detrás del marco hacia el patio) He dormido menos de lo habitual. No quiero que se pierda ese dato solo porque hoy ha funcionado.

Inés: Y nosotros hemos movido la rutina de casa. Mi hijo pequeño hace los deberes en nuestra mesa dos días, y Bruno repasa en su habitación antes de venir. Tampoco ha sido automático.

Teresa: Nadie ha ganado todo. Eso no lo vuelve un mal acuerdo.

Darío: La función es mañana, ¿verdad?

Bruno: Sí. A las seis, en la escuela.

Darío: No podré ir. A esa hora tengo que cenar y prepararme para el turno. Pero si recuerdas la silla vacía, puede ayudarte.

Bruno: Me voy a acordar. Gracias.

Inés: (a TERESA) ¿Te quedas con la libreta?

Teresa: La dejaré en el sitio de siempre. Para que el próximo problema tenga dónde empezar, no para guardar una sentencia.

(DARÍO vuelve a su marco; INÉS y BRUNO salen juntos por un lateral. TERESA recoge con calma la libreta y sale por el opuesto. Una pausa. DARÍO hace ademán de cerrar la ventana, escucha el silencio del patio y baja los brazos. Deja la ventana abierta. Fin.)